

A QUEMARROPA



www.semananegra.org



GIJÓN, 6 de julio de 2019 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXXII • GRATUITO • N° 2

ABRIR

GIJÓN



CICLISMO Y LITERATURA

Por Eugenio Fuentes

Página 4

□ La XXXII Semana Negra quedó inaugurada ayer tras el corte de la Cinta Negra con la acostumbrada presencia, tijeras en mano, de autoridades locales y regionales. En la fotografía que ilustra la portada de este segundo A QUEMARROPA, **Mara Simal** (C's), **Rubén Pérez Carcedo** (C's), **Aurelio Martín** (IU), **Alberto Ferrao** (FSA; concejal de Educación y Cultura e Infancia y Juventud); **Susana Quirós** (presidenta de la Asociación Semana Negra), **Adrián Barbón** (FSA), la alcaldesa **Ana González** y el viceconsejero de Cultura y Deporte del Principado de Asturias, **Vicente Domínguez**. Echamos de menos a nuestro añorado **Tini Areces**, exalcalde de Gijón y fundador de la Semana Negra fallecido este año, a quien ayer se recordó con cariño en los discursos pronunciados en la recepción celebrada en el Ayuntamiento. En ellos también se habló de un Gijón acogedor, culto, jaranero y de horizontes abiertos: el que lleva sosteniendo este festival desde hace treinta y un años.

MI VIEJA BICICLETA

Por Miguel Delibes

Página 5



↑ Día de apertura de los puestos de la Calle de las Librerías, donde también se venden discos y *merchandising* republicano; de los primeros conciertos y de bailar al son revolucionario de la incombustible Charanga Ventolín, fiel amenizadora de la Semana con sus versiones bailongas de himnos partisanos y rebeldes.

Foto de grupo en Madrid con, entre otros, Alexandra Ramírez, Fritz Glockner, Fernando López, Ignacio del Valle, Ángel de la Calle, Keko, Guillermo Galván, Paco Robles, Miguel Ángel Fernández y Javier Valenzuela.



ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidenta: *Susana Quirós*
 Director del Comité Organizador: *José Luis Paraja*



Edición y diseño gráfico: *Ángel de la Calle*

Dirección: *Pablo Batalla Cueto*

Preimpresión: *Morilla Fotocomposición*
 Imprime: *Imprenta Mercantil*

Redacción: *Jesús Palacios*
Alberto Arce
Miguel Ángel Fernández
Eugenio Fuentes

Fotografía: *José Luis Morilla*

Semana Negra...



Tres escritores salen a fumar a un andén en Oviedo, sonriendo y con prisas, como se fuma en los recreos de colegio. Si antes soñábamos con la transgresión, hoy peleamos contra el hábito. La jefa de estación mira, tolerante, y se ahorra hasta el gesto. Detecto que su semana, la nuestra, va a ser larga y productiva. Disoluta. Me entero luego de que uno de ellos viene a presentar su décima novela. Se ha ganado la disolución a golpe de tecla. Ni tiempo tienen para apurar el cigarro entero antes regresar furtivamente a la charla del trigésimo segundo vagón negro, de la trigésimo segunda inauguración ferroviaria de la Semana Negra de Gijón en un cajón metálico limpio, silencioso, aséptico y ordenado hasta en el traqueteo, amortiguado por el progreso técnico, en el que suenan, medidas, las palabras de un escritor mexicano, el último de los que, siguiendo la tradición, aprovecha el viaje a Gijón para compartir algo en lo que trabaja. Habla de un periodista asesinado, de un jefe de policía de quien no se sabe si investiga u oculta pruebas y no le dejan terminar. Lo interrumpe un colega español con una protesta cómplice por lo tópico del truco dentro del género —estamos entre expertos— sólo para que el mexicano chiste, frene, ubique y recuerde: su batalla diaria allá es reivindicar que la realidad, mucho más violenta y miserable que el más retorcido de los argumentos nacidos de la imaginación, no subordine a la ficción. La sorpresa, que de ese barro, hoy, y es novedad, se reivindica también el local. Esa pelea, dice, ya no es exclusiva mexicana. Al-

guno de los presentes, españoles, se dicen mexicanos al menos respecto al nivel de desviación de la realidad que nos invade en días, dicen, de inmensos edificios presuntamente quemados por oscuros comisarios que reptan por las cloacas del Estado para tapan las miserias del poder. Son tiempos, dice alguno, en los que los titulares del telediarario son intercambiables con los de la paranormalidad de Cuarto Milenio. En los que en España, fallecida gran parte de la crónica periodística, se escribe cada vez más novela negra latinoamericana. Al menos dos de los fumadores, transgresores, fueron periodistas. Ya novelistas, ya libres, sostienen, ambos, con minutos de diferencia, que pasó el luto. Se les ve en la cara. Volvieron a escribir y han venido a celebrarlo.

La llegada a Gijón de la trigésimo segunda Semana Negra es litúrgica pero contiene titular. Recibe la nueva alcaldesa. No, no es evidente. No siempre ha sido así. Hace años que no era así. En ese recibimiento manifiestamente de jubilados, paradas, despedidas, feministas, concejalas, escritores y charanga republicana que aprovechan la presencia de la prensa para dibujar un termómetro de la conflictividad social, donde una vez hubo golpes, denuncias, toletazos y violencia, hoy no las hay. Se protesta, claro, y tarareando el *Bella ciao*, pero aquí hasta la radicalidad se ha institucionalizado. «Menos subida y más empleo», cantan acotando marcejes quienes discrepan de la subida salarial que algunos municipios acaban de regalarse, pero las agresiones físicas se han convertido en

memoria histórica. Se otea de nuevo una cierta ciudad que ha sobrevivido junta, aun negándolo, al asedio y da la bienvenida a una avanzadilla de los suministros culturales que tanto esperaba y que viene a sumarse a la resistencia local para seguir peleando por definir hacia donde remar después del susto. En la escenificación de ese saludo hay esperanza, hay pacto, hay margen y se miden deportivamente las distancias con ganas de jugar limpio. Se representan dos cheques en blanco escritos por un Sísifo que da y recibe confianza. Que la escribe, la gasta, la borra, la vuelve a escribir, la vuelve a gastar y la vuelve a borrar y que en cada reescritura reinventa la firma. La llegada de la trigésimo segunda Semana Negra en tren a Gijón es el trigésimo segundo asalto gijonés a una escena que por más que se ensaya, acepta y aplaude, no acaba de convencer a nadie. Tanto es así que el año que viene se repetirá por trigésimo tercera vez, cuando tampoco convencerá a nadie de modo que tendrá que reinven-



tarse de nuevo por trigésimo cuarta vez y así hasta que no estemos ninguno de los de hoy para contarlos. Porque ésa es la naturaleza de la realidad y sólo así podemos entenderla.

Sostiene Miguel Barrero, que escribía esta página hace quince años y disfruta de la escena entre saludos y distancias, que la Semana Negra «va a volver a ser la Semana Nuestra». Porque los años de gobierno miope —el adjetivo es mío, no suyo— y asfixia económica y burocrática fueron los de un divorcio entre institucionalidad local y Semana Negra que hoy se ha mostrado, sobre todo, inútil en su empeño por privatizar y controlar la cultura propia de esta ciudad. La Semana Negra, cree, «está organizada a prueba de bomba y por más maltrecha que haya estado, aguantó».

Aguantó tanto, tan bien y con tanto estilo que cuando las puertas del Ayuntamiento se abrieron de nuevo ante José Luis Paraja, uno de los dos codirectores de la Semana Negra, éste utilizó la expresión «embajadora de Gijón» para referirse al ormitorrinco ideado en 1988 por Paco Ignacio Taibo y Juan Cueto con el apoyo de Vicente Álvarez Areces. Ángel de la Calle, el otro codirector, le dio las gracias a la ciudad antes de bajar a tierra y reclamar los cacahuets de los viernes por la tarde que por prisa no podían comerse en ese momento pero a los que



hemos quedado todos emplazados. Y ambos recibieron de la alcaldesa dos palabras que quedan anotadas en un debe del que nadie duda pronto y fiel pago: *Ineludible* y *referente*. Y una idea: *Sin la Semana Negra a Gijón le costaría reconocerse*.

Dijo también la Alcaldesa: «Nos veremos más de una vez en el recinto», y mientras comenzaba a cumplir su palabra cortando la cinta de inauguración, daba inicio también la disolución que venía apuntándose desde el tren, ese estallido desorganizado de cultura furtiva e incómoda, política adaptativa y caos organizado que cuando comen, beben y pasean juntas entre libros, conferencias, norias y churros nos definen como ciudad. Sonaban el *Grándola*, *vila morena* y el republicano *Himno de Riego* de la charanga Ventolín, pedían el boicot a Israel las activistas más dignas y persistentes que mi memoria recuerda e inauguraban la barra los escritores ante alguien que montaba una exposición de fotografía. No hicieron falta más que minutos para que todo adquiriera sentido. En algún momento, una noche quizás, en soledad, hace bastantes años, dijo uno, el periodista de la decena de novelas, y parafraseo y resumo sus palabras, esas ganas de escribir que llevaban tiempo asaltando la conciencia tomaron forma, le perdí el miedo a la página en blanco y realidad, recuerdos y titulares comenzaron a mutar en ficción. Uno llega trasnochado a la oficina y años después, ya fundidas esas palabras con decenas de miles de personas que viven diferente en un lugar donde un día se construyeron, por ejemplo, barcos que ya no se construyen, moldean un Gijón que nunca tiene una forma definida, que seguimos conociendo cada verano como si fuera la primera vez.

Alberto Arce



...Semana Nuestra

RUEDAS Y B

La vieja y fértil relación entre ciclismo y literatura es uno de los temas de la que la ha ejercido personalmente: es autor de una novela negra de temática ci de *Mi vida al aire libre*, unas así subtituladas *Memorias deportivas de un ho*



Julio Cortázar.

Quizá porque de todos los atletas el ciclista es quien dispone de más tiempo para reflexionar, el ciclismo es el deporte que más se parece a la literatura. Entre ambas actividades hay un parentesco especial. Al contrario de los que se practican en grupo (fútbol, baloncesto...) o de los que necesitan un adversario (tenis, boxeo...), el ciclismo es una tarea de solitarios, como la escritura es un trabajo que se ejerce en soledad. Cierto que en las carreras profesionales el corredor va encuadrado en un equipo que lo ampara bajo una marca, una camiseta y una imagen y le paga por su esfuerzo, del mismo modo que la casa editorial incluye al escritor en su catálogo, le edita los libros con su sello, formato y logotipo y le paga por los derechos de comercialización y venta, pero en ambos casos los patronos exigen rendimientos: el director del equipo quiere victorias en carreras o etapas y el editor exige que se vendan los libros. Si transcurre un par de años y no reciben beneficios, rescindirán amablemente los contratos.

En las etapas fáciles y llanas, el ciclista puede ampararse en el grupo, entre compañeros que colaboran con él en la lucha contra el viento, lo releven y le pasan el bidón de agua si tiene sed. Pero en las etapas decisivas, la contrarreloj y la montaña, el ciclista,

como el escritor, se enfrenta solo con sus fuerzas contra la gravedad de la Tierra, contra la escasez de oxígeno en los altos puertos, contra el dolor de rodillas, contra el cansancio y la fatiga, contra las dudas sobre la validez de su trabajo. En los momentos trascendentales, subiendo en solitario una montaña o ante una página en blanco, de nada valen los demás, y es uno solo el que tiene o no tiene fuerzas o talento. Ni el entrenador puede empujarlo para que vaya más deprisa, ni el editor puede venir a decirle qué palabra es la adecuada en una frase que se atraganta de banalidad.

Ambas pasiones imprimen una marca indeleble en quienes las han practicado. Ni se olvida montar en bicicleta, ni se le olvida escribir a quien escribe. Por otra parte, las dos son carreras de fondo, de largo recorrido, de paciencia larga. Si un aforismo se parece a un salto de trampolín, o un relato breve, un artículo o un soneto pueden parecerse a los esfuerzos intensos y brillantes de una carrera de cien metros, donde se mide el número de pasos como en el poema se mide el número de versos o de sílabas, una novela o un ensayo, en cambio, exigen la misma concentración, resistencia y fe que empujan a un ciclista a seguir pedaleando cuando aún faltan doscientos kilómetros para la meta y

Ciclismo y literatura

Eugenio Fuentes

doscientos lobos se turnan en su persecución. Y cuando por fin se terminan, sus autores quedan agotados, vacíos, sin reservas después de haberlo dado todo.

Un libro colectivo es una contrarreloj por equipos en la que todos deben aportar solidariamente el mismo sacrificio, sin que se produzcan altibajos, aunque siempre alguien tira con más fuerzas.

En su libro *Manual de literatura para caníbales*, Rafael Reig compara la historia de la literatura con una carrera de equipos, como la «Vuelta a España: los románticos, los naturalistas, los modernistas, los surrealistas, los novísimos y así sucesivamente» y afirma que, asimismo, también en la escritura existen los líderes, los gregarios, los fuguistas, los escaladores, los esprinters y hasta el rey de la montaña.

Hay carreras que el ciclista emprende por una necesidad interior de dar fe de su existencia, por el prestigio, por la gloria del triunfo: el Tour, el Giro, la Vuelta o las grandes clásicas, y hay *critériums* locales en los que participa por motivos alimenticios, del mismo modo que el escritor asiste en ocasiones a ferias, congresos y mesas redondas que no le interesan demasiado, pero con cuyos frutos compra tiempo para intentar contar lo que sabe del corazón del hombre.

A menudo, el ciclista y el escritor, a pesar de hacer los mayores esfuerzos en todo el proceso, resultan los más frágiles y vulnerables, y prueban en la piel los mordiscos del asfalto y en los dientes el sabor del barro y de la sangre, y soportan el abuso de los fuertes, de los poderosos que cuentan con mejores armas: de los automovilistas blindados en sus coches, o de quienes manejan los poderes políticos o los media para atacar o silenciar a los contrarios.

En ocasiones se pregunta por el dopaje de los escritores. A veces se ve a algunos demasiado acelerados por un chute en vena de un suero donde van mezcladas las campañas de *marketing*, las pantallas, las orquestas de grupos y de afines. Pero los mejores escritores llevan la sangre limpia, sólo se alimentan de ideas, de palabras y de las lecciones que ofrecen los viejos maestros.

Por último, ciclismo y literatura no se parecen en nada en un aspecto. En los anuarios ciclistas están grabados con oro los nombres de los triunfadores, y hundidos en el olvido los de excelentes gregarios que nunca ganaron una carrera o una etapa. En la literatura, en cambio, sucede a menudo lo contrario y una suerte de justicia

poética termina poniendo las cosas en su sitio. ¡Con cuánta frecuencia el tiempo eleva a la inmortalidad a los escritores gregarios de ayer y reduce a cenizas los *best-sellers* de quienes en la misma época batieron récords, subieron al podio y se colgaron todas las medallas!

Y como el ciclismo es el deporte que más similitudes tiene con la literatura, no han faltado autores que han escrito sobre la bicicleta (Alberti, García Márquez, Amos Oz, Muñoz Rojas, Roland Barthes, L. P. Hartley, Joseph Roth, Conan Doyle, Flann O'Brien, Pablo Neruda, Blanca Varela, Martín Garzo, Paco Ignacio Taibo II...). Y escritores que han practicado este deporte, desde León Tolstói, que aprendió a montar en bicicleta a los sesenta y siete años, a Emile Cioran, desde Friedrich Dürrenmatt a Coetzee, desde Julian Barnes a Javier García Sánchez.

No tengo aquí espacio para desarrollar una relación de obras sobre ciclismo. Solo indicaré algunas ideas generales. Por un lado, abundan más las biografías de ciclistas que las novelas sobre ciclismo. En España, hay

biografías de Julián Berrendero, de Mariano Cañardo, de Jaime Janer, de Federico Martín Bahamontes, de Perico Delgado, de Ruiz Cabestany, de Luis Ocaña (excelente, por cierto, escrita por Carlos Arribas), de Alberto Contador... Y fuera de España, de cientos de ciclistas. Y en cuanto a la narrativa, sería muy injusto comenzar a citar títulos cuando se tiene la seguridad de que otros quedarán en silencio. Así que, es preferible dejarle a Wikipedia la responsabilidad de la bibliografía y puestos a elegir, mencionar una sola obra, uno de los textos más hermosos de todo lo escrito: *Mi querida bicicleta*, de Miguel Delibes. Sus treinta páginas son un canto de amor a este frágil y maravilloso vehículo, con el que mantuvo una relación que duró toda su vida. Con talento, nostalgia, gracia y orgullo, lo vincula a recuerdos de su padre, de su mujer y de sus hijos. La bicicleta, que en otros autores es un artilugio de sufrimiento, en Delibes está muy cerca de ser nube, asociada a la libertad, a la luz, al esplendor físico.



León Tolstói.

BOLÍGRAFOS

Semana Negra de este año. Sobre ella versa este artículo de Eugenio Fuentes, ciclista titulada *Contrarreloj*. Y lo acompañamos de un extracto sobre ciclismo *entre sedentario* que Miguel Delibes publicó en 1989 en la editorial Destino.

Mi vieja bicicleta

Miguel Delibes

(extracto)

Yo no hacía más que dar vueltas por los paseos laterales, a lo largo de la tapia, con regreso por el paseo central, pero, al franquear el cenador con su mesa y sus bancos de piedra, las enredaderas chorreando de las pérgolas, azotándome el rostro, vacilaba, la bicicleta hacía dos eses y estaba a punto de caer pero, felizmente, la enderezaba, y volvía a pedalear y a respirar tranquilo: tenía el camino expedito hasta la vuelta siguiente. Y así, una y otra vez, sin medir el tiempo. Mi padre, que todos los veranos leía el Quijote y nos sorprendía a cada momento con una risotada solitaria y estrepitosa, me había dicho durante el desayuno, atendiendo mis insistentes requerimientos para que me enseñara a montar:

—Luego; a la hora de comer. Ahora déjame un rato.

Para un niño de siete años, los *luego* de los padres suelen durar eternidades. De diez a una y media me dediqué, pues, a contemplar con un ojo la bicicleta de mi hermano Adolfo, apoyada en un banco del cenador (una Arelli de paseo, de barras

verdes y níqueles brillantes, las palancas de los frenos erguidas sobre los puños del manillar) y con el otro, la cristalera de la galería que caía sobre el jardín, donde mi padre, arrellanado en su butaca de mimbre con cojines de paja, leía incansablemente las aventuras de don Quijote. Su concentración era tan profunda que yo no osaba subir a recordarle su promesa. Así que esperé pacientemente hasta que, sobre las dos de la tarde, se presentó en el cenador, con chaleco y americana pero sin corbata, negligencia que caracterizaba su atuendo de verano.

—Bueno, vamos allá.

Temblando, enderecé la bicicleta. Mi padre me ayudó a encaramarme en el sillín, pero no corrí tras de mí. Sencillamente, me dio un empujón y voceó cuando me alejaba:

—Mira siempre hacia adelante; nunca mires a la rueda.

Yo salí pedaleando como si hubiera nacido con una bicicleta entre las piernas. En el extremo del jardín, doblé con cierta inseguridad y, al llegar al fondo, volví a girar para tomar el camino del centro, el del cenador,

desde donde mi padre controlaba mis movimientos. Así se entabló entre nosotros un diálogo intermitente, interrumpido por el tiempo que tardaba en dar cada vuelta.

—¿Qué tal marchas?

—Bien.

—¡No mires a la rueda! Los ojos siempre adelante.

Pero la llanta delantera me atraía como un imán y había de esforzarme para no mirarla. A la tercera vuelta reconocí que aquello no encerraba mayor misterio y en las rectas, junto a las tapias, empecé a pedalear con cierto brío. Mi padre, a la vuelta siguiente, frenó mis entusiasmos.

—No corras. Montar en bicicleta no consiste en correr.

—Ya.

Le cogí el tranquilo y perdí el miedo en menos de un cuarto de hora. Pero, de pronto, se levantó ante mí el fantasma del futuro, la incógnita del «¿qué ocurrirá mañana?», que ha enturbiado los momentos más felices de mi vida. Al pasar ante mi padre se lo hice saber en uno de nuestros entrecortados diálogos:

—¿Qué hago luego para bajarme?

—Ahora no te preocupes por eso. Tú, despacito. No mires a la rueda.

Daba otra vuelta pero en mi corazón ya había anidado el desasosiego. Las ruedas siseaban en el sendero y dejaban su huella en la tierra recién regada, pero la incertidumbre del futuro ensombrecía el horizonte. Daba otra vuelta. Mi padre me sonreía. Yo me mantenía en mis trece.

—Y cuando me tenga que bajar, ¿qué hago?

—Muy sencillo; frenas, dejas que caiga la bicicleta de un lado y pones el pie en el suelo.

Rebasaba el cenador, llegaba a la casa, giraba a la derecha, encarrilaba el paseo junto a la tapia, aceleraba, alcanzaba el fondo del jardín y retornaba por el paseo central. Allí estaba mi padre solícito. Yo insistía terca-

—Pero es que no me sé bajar.

—Eso es bien fácil, hijo. Dejas de dar pedales y pones el pie del lado que caiga la bicicleta.

Me alejaba de nuevo, sorteaba el cenador, topaba con la casa, giraba a la izquierda, recorría el largo trayecto junto a la tapia hasta alcanzar el fondo del jardín para regresar por el paseo central. Mi padre iba ya caminando lentamente hacia el porche.

—Es que no me atrevo. ¡Párame tú! —supliqué al fin.

Las nubes sombrías nublaron mi



Miguel Delibes.



Ray Bradbury.

vista cuando oí la voz llena de mi padre a mis espaldas:

—Has de hacerlo tú solo. Si no, no aprenderás nunca. Cuando sientas hambre, sube a comer.

Y allí me dejó solo, entre el cielo y la tierra, con la conciencia clara de que no podía estar dándole vueltas al jardín eternamente, de que en uno u otro momento tendría que apearme; es más, con el convencimiento de que en el momento en que lo intentara me iría al suelo. En las enramadas, se oían los gorjeos de los gorriónes y los silbidos de los mirlos como una burla, mas yo seguía pedaleando como un autómatas, bordeando la línea de la tapia, sorteando las enredaderas colgantes de la pérgola del cenador. ¿Cuántas vueltas daría? ¿Cien? ¿Dieciséis? Es imposible calcularlas pero yo sabía que *ya era por la tarde*. Oía jugar a mis hermanos en el patio delantero, la voz de mi madre preguntando por mí, la de mi padre tranquilizándola, y persuadido de que únicamente la preocupación de mi madre hubiera podido salvarme, fui adquiriendo conciencia de que no quedaba otro remedio que apearme sin ayuda, de que nadie iba a mover un dedo para facilitarme las cosas; incluso tuve un anticipo de lo que había de ser la lucha por la vida en el sentido de que nunca me ayu-

daría nadie a bajar la bicicleta, de que en éste como en otros apuros tendría que ingeniármelas por mí mismo. Movido por este convencimiento, pensé que el lugar más adecuado para el *atterizaje* era el cenador. Debería llegar hasta él muy despacio, frenar junto a la mesa de piedra, afianzar la mano en su superficie y, una vez seguro, levantar la pierna y apearme. Pero el miedo suele imponerse a la previsión y, a la vuelta siguiente, cuando frené e intenté sostenerme en la mesa, la bicicleta se inclinó del lado opuesto, y yo me vi obligado a dar una pedaleada rápida para reanudar la marcha. Luego, cada vez que decidía detenerme, me asaltaba el temor de caerme y así seguí dando vueltas incansablemente hasta que el sol se puso y ya, sin pensármelo dos veces, arremetí contra un seto de boj, la rueda delantera se enrayó con las ramas y yo me apeé tranquilamente. Mi padre ya venía a buscarme.

—¿Qué?

—Bien.

—¿Te has bajado tú solo?

—Claro.

Me dio en el pestorejo una palmada cariñosa.

—Anda, di a tu madre que te dé algo de comer. Te lo has ganado.

laboral CINEMATECA

www.laboralcinematca.es



LABORAL
CINEMATECA
AMBULANTE

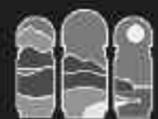
LABORAL
CINEMATECA
CORTOS

LABORAL
CINEMATECA
**FILM
COMMISSION**

www.laboralcinematca.es



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS



Asturias
paraíso natural



JESÚS PALACIOS

Ante la insistencia de nuestros lectores, la mayoría de los cuales han inundado la redacción a lo largo de los últimos meses con cartas, postales y paquetes bomba, afortunadamente fáciles de desactivar (lamento comprobar el bajo nivel intelectual de algunos de entre quienes nos leen, incapaces de mandar un explosivo que funcione en condiciones), hemos decidido abrir este consultorio senti-

mental en las páginas de AQ, pues somos conscientes de que en el mundo cada día más deshumanizado, materialista y consumista que nos rodea son muchos aquellos que necesitan consejo y arbitrio procedente de expertos. Para ello, hemos buscado entre los mejores especialistas en psicología y autoayuda hasta dar con la persona idónea. Un hombre bien conocido en los medios holísticos y te-

rapéuticos alternativos por su profundo conocimiento de las emociones humanas y no menos profunda empatía con las personas acuciadas por problemas sentimentales, existenciales y personales. Una celebridad médica y académica encomiada por su afinidad con los pacientes y por su comprensión y ternura hacia quienes acuden a él en busca de consejo y ayuda. Un raro ejemplo de altruismo puramente desinteresado en una época de egoísmo sin límite, quien a cambio de unos magros honorarios ha accedido a cumplir el papel de médico de las emociones, sanador de los sentimientos, doctor de los afectos y reparador de corazones rotos para nosotros y para nuestros fieles lectores y, por supuesto, lectoras.

Es un placer y un honor para AQ informar a sus seguidores de que, a partir de mañana y a lo largo de toda la SN, podrán dirigir sus consultas más íntimas, sus preguntas más profundas, sus dudas más punzantes y sus dilemas más arduos y apremiantes al Dr. Anton Phibes, músico, teólogo, organista y eminencia médica en psicología, psiquiatría, psicoterapia, psicoanálisis y psicopatía, amén de coleccionista de autómatas y creador de un revolucionario sistema de criogenización absolutamente fiable y eficaz (los interesados en someterse al mismo podrán dirigirse también de forma privada al Dr. a través de esta misma dirección postal. No se admiten con-

tactos vía email ni WhatsApp, y menos aún Twitter o Messenger, ¡qué zafiedad!). Como preámbulo a esta nueva sección, les transmitimos ya desde aquí unas breves palabras del propio Dr. Phibes, quien está a punto de llegar procedente del Egipto milenario para incorporarse a nuestra redacción, y ha tenido la amabilidad de enviarnos antes un telegrama urgente para abrir boca: «Estimados Sres. de AQ. Damas y caballeros lectores, ¿están ustedes preparados para el Dr. Phibes? Espero que sí, pero recuerden que no se puede amenazar a los muertos con la muerte, sino sólo con la vida. ¡La vida eterna!».

Con estas enigmáticas líneas les dejamos ya la espera de la inminente llegada del Dr. Anton Phibes, quien sin duda no decepcionará a ninguno de nuestros lectores con sus consejos y sugerencias. Su sabiduría legendaria, su simpatía personal y sus penetrantes conocimientos harán las delicias de todos y todas, y tenemos plena confianza en que aquellas personas que le consulten a través de esta su sección, si siguen a pies juntillas sus recomendaciones, no sólo solucionarán a buen seguro sus cuitas, sean cuales fueren, sino que encontrarán un camino firme y recto hacia una vida mejor y más plena, aunque quizá no precisamente en este nuestro sórdido mundo, material y materialista, consumidor y consumido. Recuerden: a partir de mañana, el Dr. Phibes tiene la solución.

La perniúltima de Teobaldo

El apartamento de dos metros

Fuimos a Madrid por lo del tren; ya se sabe que es el viaje de inicio de la Semana negra. Pero no me gusta mucho la capital del Reyno: demasiado calor en estas fechas para uno del norte, demasiada gente con prisas para uno del barrio. No puedo entender por qué se juegan el físico bajando a todo correr las escaleras mecánicas de un metro que tiene una cadencia de tres minutos ni esa actitud hacia el prójimo que interpreta a las personas no como seres humanos, sino como puros animales semovientes.

Encuentro asiento en un vagón del suburbano (¡milagro!), digo *buenos días* y el ciudadano de mi izquierda me mira cual si hubiera visto un marciano. Ahora entiendo la camiseta de la mañana, donde un joven no tan joven procla-

maba «Martians go home». Al parecer están entre nosotros y yo sin saberlo; es bueno que nos informen las camisetas; hay un amplio muestrario de mensajes pectorales y dorsales. Una chica hacía bromas con el rosco de desayunar, «Donut worry, be happy». Otra hacía un poco el ridículo lingüístico: «Femme power».

Salgo del *underground* a la altura de Lavapiés, que ha pasado de ser el alma del casticismo de zarzuela a provincia magrebí. Debe de ser por eso que las brigadas municipales de limpieza han abandonado el barrio. Una imagen bien distinta del pulido centro, donde los comercios hacen competencia para ver quién es más *gay friendly*: «¡Ha llegado la homofilia a El Corte Inglés!». Un adolescente de familia de turistas

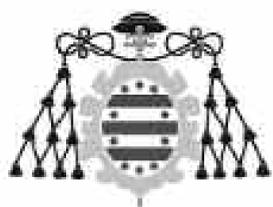
señala un maniquí: «¡Anda, mira, lleva la bandera de España y la *gay!*». Al parecer las viejas tradiciones, *secularmente arraigadas en los hombres y pueblos de España*, las hacen incompatibles.

Y en plena Glorieta de Embajadores el apartamento de menos de dos metros cuadrados, ya se sabe que lo de la vivienda anda complicado en la madrileña urbe, sobre todo desde que los de

siempre vendieron pisos municipales a fondos buitres y otros pajaracos. En el momento de hacer la foto no está en casa la ciudadana o ciudadano propietario, pero demuestra buen gusto, con este despliegue de paraguas o sombrillas, bien útiles para estas jornadas de mercurio recalentado. Desconozco lo que le facturan de IBI; no debería ser mucho por la superficie, pero se paga la zona geográfica.

Más abajo está mi destino de la mañana, la Fundación Anselmo Lorenzo (CNT), donde había quedado para hablar de unos trabajos de investigación. El amable documentalista y yo convenimos en que es menester que se escriba sobre los heterodoxos. ¡Pues eso!

Teobaldo Antuña



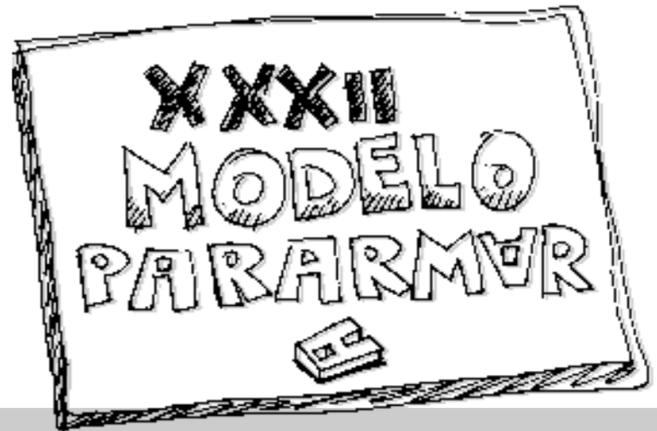
Universidad de Oviedo
Universidá d'Uviéu
University of Oviedo



PROGRAMA

s á b a d o 6

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 2 de *A Quemarropa*.
- 17.00** Apertura del recinto de la Semana Negra. Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Terrazas. Atracciones de feria.
- Apertura de exposiciones:
- *Back to black*. Víctor Santos (Carpa de Exposiciones).
 - *#404 Comunicación popular* (Carpa del Encuentro).
- 18.00** (Carpa del Encuentro) Presentación: *La biblia negra de MONGOLIA*. Con **Edu Galán**. Presenta Antonio Rico.
- 18.00** (Espacio A Quemarropa) Presentación: *Historia de Sirenas* de **Házel González**. Con José Manuel Estébanez.
- 18.00** (Carpa de La Palabra) Cuentacuentos. Con Merche Medina.
- 18.30** (EAQ) Presentación: *Paco Robles, el niño vasco de Mansilla de las mulas* de **Miguel Ángel Fernández**. Con la presencia de **Paco Robles**.
- 18.30** (CdLP) Presentación: *El liderazgo del gregario* de **Luis Pasamontes**. Con Beatriz Rato.
- 18.45** (CdE) Presentación: *Sonrisa mortal* de **Joseph Knox**. Con Jesús Palacios.
- 19.00** (EAQ) ¡**Transgresoras!** *Jane Eyre*. Por **Berna González Harbour**.
- 19.00** (CdLP) Aula SN. Charla: *El amor romántico* por **María Socorro Suárez la Fuente**. Con Alejandra Moreno. Colabora el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Proyección Internacional de la Universidad de Oviedo.
- 19.30** (CdE) Presentación: *Cazaré al monstruo por ti* de **Manuel Marlasca**. Con Alejandro Gallo.
- 19.30** (EAQ) Presentación: *ESMA* de Juan Carrá e **Iñaki Echeverría**. Con Norman Fernández.
- 20.00** (CdE) Presentación: *Pólvora, tabaco y cuero* de **Javier Valenzuela**. Con José Ramón Alarcón.
- 20.00** (EAQ) Presentación: *Orpheus Ediciones Clandestinas*. Con **Vicente Montes** y **Pilar Sánchez Vicente**.
- 20.00** (CdLP) Encuentro con los lectores: **Lorenzo Silva**.
- 20.30** (CdE) Mesa redonda: *Ciclismo y literatura*. Con Eugenio Fuentes, Luis Pasamontes, José Enrique Cima, Víctor Manuel Robledo y Paco Taibo II.
- 20.30** (EAQ) Presentación: *Yo loco* de **Antonio Altarriba** y **Keko**. Con Yexus.
- 21.00** (CdLP) Charlando con: **Pedro de Silva**. Con Miguel Barrero.
- 21.00** (EAQ) Presentación: *Tiempo de siega* de **Guillermo Galván**. Con Víctor G. Guerrero.
- 21.30** (CdE) Presentación: *Piedras negras* de **Eugenio Fuentes**. Con Ángel de la Calle.
- 21.30** (EAQ) Presentación: *Necroeconomía* de **Marta Flich**. Con Javier Cuervo.
- 22.30** Concierto en el escenario central:
- MUÑECO VUDÚ**
- 00.00** (CdE) Velada poética. Sesión golfá. Con **Escandar Algeet, María Nieto, Pablo Cortina, Silvia Nieva, Carolina Sarmiento...**



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Todas las palabras, ¿no les parece?, poseen una especie de álbum de fotos biográfico propio. El de algunos vocablos es muy grueso, muy finito el de otros, mediopensionista el de la mayoría, pero todos los del castellano tienen uno; un álbum inefable, metafísico, imaginario pero al tiempo muy real, porque todo lo imaginario lo es. Y en él guardan primorosamente las imágenes de todo lo que significaron alguna vez. Así, por ejemplo, en el álbum de fotos de la palabra *reloj* encontraremos instantáneas de todos los relojes jamás existidos, desde el astronómico de la catedral de Estrasburgo hasta el más humilde Casio digital. Hallaríamos en el álbum de la palabra *agua* imágenes de ríos, de lluvias, de oasis, de océanos, de acequias, de rocíos y de tsunamis. Y en el de la palabra *nube*, todo un florilegio de estampas de estratos, cúmulos, cirros, nimbos y celajes. También las palabras abstractas tienen los suyos: en el álbum de la bondad todas las bondades; las maldades todas —de Auschwitz a la más leve mezquindad que ustedes o yo hayamos cometido hoy, pasando por el robo de niños en la España de **Franco** y en la siguiente, que es uno de los temas que vamos a tratar en esta Semana Negra— en el álbum de la maldad. En fin, ya me siguen.

Algunos de esos álbumes inefables son verdaderamente hermosos de fabular. ¿Se imaginan el álbum o más bien la larga hilera de álbumes de la palabra *belleza*? ¿Se imaginan el álbum de la *dignidad*, con **August Landmesser** en la portada, ya saben, el hombre aquél que en un desfile nazi no levantó el brazo cuando todos lo hacían? ¿Se imaginan, y a eso iba yo hoy, el álbum de una de las voces más hermosas de la lengua castellana; el despliegue total y enciclopédico de ese vocablo fotografiado en todas sus vertientes innúmeras, en todas sus realizaciones; me refiero a la palabra *transgresión*?

Tengo para mí que en ese álbum concreto habría una fotografía —no, varias— de la Semana Negra; de todas las semanas negras desde aquella cumbre iniciática de escritores *noir* en el viejo Musel. De transgredir va esto que no otra cosa ha procurado nunca que «no respetar, saltarse, pasar más allá de normas o costumbres». Lo del libro en una mano y el churro en la otra que siempre dice **Taibo**, ya saben. Transgredir nos hizo humanos lo mismo en el mito (pensemos en Prometeo robando el fuego) que en la realidad; simios transgresores somos. Crear, cualquier creación, es una transgresión. Y es, ya digo, transgredir y transgredir mucho lo que nosotros procuramos cada año desde hace treinta y dos; transgredir y también rendir el merecido honor a los que transgredieron; a los transgresores y a las transgresoras. Pero este año vamos a hacerlo explícitamente. Hoy quiero recomendarles una de las actividades que a este director le han puesto los dientes más largos cuando ha ojeado el programa semanal: la que, titulada «Transgresoras», se ha diseñado para ilustrarnos acerca de las vidas y las obras de mujeres que se atrevieron a romper; que estuvieron dispuestas a dejarlo todo en las batallas que libraron; que contravinieron con espléndido desparpajo las normas escritas y no escritas de sus épocas.

La cosa se va a componer de cuatro charlas sobre no cuatro, sino cinco grandes transgresoras: **Jane Eyre**, **Rosa Luxemburgo**, doña **Gontrodo** —amante del rey Alfonso VII de León y madre de **Urraca la Asturiana**, reina consorte de Pamplona— y las intelectuales feministas norteamericanas **Kate Millet** y **Shulamit Firestone**. Sobre las dos últimas nos va a hablar **Luisa Posada Kubissa** el día 13 de julio a las 18:00. Lo hará sobre Gontrodo, el 11 de julio a las 18:00, la documentalista y escritora **Pilar Sánchez Vicente**, que escribió un libro sobre ella: *Gontrodo, la hija de la Luna*. De Rosa Luxemburgo se ocupará **María José Capellán** el día 9 a las 18:30; y —ya ven que he ido de adelante atrás— el día 6, o sea mañana, Berna González Harbour iniciará el programa adentrándose y adentrándonos en la figura excepcional y fascinante de Jane Eyre. Será a las 19:00 y yo se lo recomiendo muy encarecidamente.

Transgrediendo, que es gerundio.

PROGRAMA ALTERNATIVO

Kamtxaka

19:00 h. Buscando refugio en Europa: del sueño a la pesadilla.

Participan: Bárbara Bécares (periodista y voluntaria de No Name Kitchen en Velika Kladusa, Bosnia) y Falo Marcos (voluntario de No Name Kitchen en Patras, Grecia). Organiza: Acoger Ye Natural, No Name Kitchen.